

Nuevas consideraciones sobre el edificio singular del colegio madrileño de San Fernando

Virginia TOVAR MARTÍN
Universidad Complutense de Madrid

En el interior de la capital, en ese espacio histórico donde prevalecen algunos «monumentos» que aportan la más cumplida representación de la ciudad y de su historicidad, la obra arquitectónica mantiene una diferencia jerárquica, una diferencia cualitativa, de valor, más allá de los resultados de las investigaciones que pretenden esclarecer ese catálogo de objetos artísticos del pasado madrileño que genéricamente califica el paisaje urbano de Madrid. En la arquitectura madrileña vinculada al proceso histórico de los siglos XVII y XVIII hoy nos podemos permitir «distinguir» y separar obras de un intrínseco y alto nivel estructural y funcional y otras que no rivalizan con ellas por su condición distinta o más molesta aunque fuesen levantadas al hilo de los mismos acontecimientos culturales.

Se tiende a volver la mirada, cada vez más insistentemente, a las empresas de envergadura de aquellas épocas, a los ejemplos que llevaron a imponerse como avances en la técnica de la representación, de los modelos figurativos o de los complejos ejercicios del espacio o el acercamiento y definición de determinadas funciones específicas. Las ruinas desoladas, la injusticia de la fortuna que todo lo trastocó en la historia de algunos edificios, el legado roto, destruido o desplomado por la ausencia de una consciencia de su valor, la ligereza de los decretos de las leyes o la falta de sensibilidad humana, han permitido el que se sucedan una tras otra pérdidas irreparables que motivan esos rincones de-

siertos o sin definición donde todavía yacen entre espinos y malezas los últimos retazos de unos modelos arquitectónicos que a pesar de todo muestran su pasada grandeza y dignidad

En el examen y análisis de tales edificios siempre nos ha llamado la atención el Colegio de las Escuelas Pías de San Fernando en la calle de Mesón de Paredes, virtualmente perdido, pero del que asoma todavía en sus pequeños retazos el mejor fruto del quehacer proyectivo de una época. La obra no ha llegado a sucumbir del todo, tal vez por la generosa comprensión de algunas autoridades, pero la ruina del edificio, en esa situación de extraña manera de sobrevivir, nos recuerda la nostalgia de Poggio al contemplar Roma cuando expresaba su indignación al imaginar la grandeza de los edificios asolados y las vastas ruinas por la inconstancia y desaprensión de los hombres.

El edificio de San Fernando no hubiese llegado a tan feliz término en el siglo XVIII de no haber tenido su artífice los conocimientos de los métodos de construcción que el siglo había sintetizado a través del pensamiento académico. Se diseñó en sus formas y detalles, partiendo de un repertorio clásico, pero absorbiéndolo y recreándolo de tal forma que no cayó en el servilismo de las fuentes en las que se inspiraba. Su proporción lúcida y casi elemental, su magnitud rompiendo con la tradición, los múltiples del espacio central o el delicado labrado del ornamento, exigieron cualidades de diseño e ilustran la evolución de la arquitectura de la corte a fines del siglo XVIII hacia efectos de simplicidad y comedimiento, de complejidad distributiva, de aspectos prácticos derivados de una nueva conciencia social, o formas dispuestas a expresar categóricamente un prototipo altamente sugestivo de iglesia y por obvias razones funcionales un tipo específico colegial.

El P. Luis Mínguez se ocupó hace años de glosar en una pequeña historia el intento de establecer el Noviciado y Escuelas Pías de San Fernando en España. La fecha de tal fundación se remonta a 1638, muy pocos años después de la muerte del fundador de los escolapios, San José de Calasanz. Se llevaba a cabo tal propósito en Guisona, en el Obispado de la Seo de Urgel, tropezando los propulsores con las rebeliones catalanas que motivaron grandes inquietudes en toda la comarca. Tal vez por ello, la aventura escolapia fue trasladada a la ciudad aragonesa de Barbastro, lugar desde el que se ha de potenciar la expansión de tal empresa a escala nacional, incluyéndose entre sus centros más destacados el de Barcelona, Urgel, Peralta de la Sal (la patria del santo) y Madrid. Vencidas también las dificultades motivadas por la Guerra de Sucesión, el Capítulo General de la Orden decretó que las casas escolapias creadas en España, formasen Provincia, hecho que dio lugar a que la Casa de Madrid tomara auge en 1729¹.

La temprana arquitectura calasancia se centró en dos barrios populares de la ciudad, asiento después de la manolería y de los chisperos. Lavapiés y Barquillo, ubicados en polos opuestos de la ciudad, significaron en aquel entonces una mezcla de zona residencial y popular. Barquillo aceleró pronto su tinte aristocrático con la fundación del Monasterio Real de las Salesas, y Lavapiés mantendría en el siglo XVIII su fama de tierra «a las afueras» en donde ubicaron su residencia varios embajadores nobles y burgueses de alto rango. Los padres escolapios amalgamaron en su propio magisterio esa mezcla, popular y nobiliaria, que parece consagrarse a través del tiempo en su particular filosofía.

Los Padres Escolapios se establecieron provisionalmente, en la calle de Mesón de Paredes el 28 de noviembre de 1729². Fue entonces un asentamiento provisional que contó no obstante con la munificencia de varios simpatizantes con la Orden, especialmente de D. Juan Bautista de Iturralde y D.^a Manuela Munárriz, Marqueses de Murillo, fundadores de varias obras pías extendidas a varias localidades de España³. La modesta fundación fue puesta bajo la advocación de Nuestra Señora de la Portería, conociéndose ya entonces vulgarmente con el nombre de Colegio de Lavapiés. En los años iniciales fue destacada la actuación del Padre Juan García de la Concepción, el cual en el mismo año de 1729 alcanzó del párroco de S. Justo el ser nombrado capellán de la ermita del Pilar, con derecho a regentar una escuela. Ya en la apertura oficial, las escuelas contaron con 102 niños, cifra elevada en pocos años a 400, lo cual motivó la solicitud del alquiler de una nueva casa, contigua a la ermita del Pilar, perteneciente a los carmelitas calzados. La eficacia educativa de los escolapios propició el apoyo de otros nobles, como el duque de Alba que contribuyó con una renta de 100 ducados, y 50 doblones al año con destino a la manutención de los religiosos. No obstante surgieron competidores que no estimularon los propósitos educativos escolapios, tales como la Hermandad de San Casiano, formada por los maestros de leer, escribir y contar de la Corte o el corregidor D. Jose de Pasamonte⁴. En la Navidad de 1731, el Padre Juan García de la Concepción, en acuerdo con Fray Luis de San José, franciscano de San Pedro de Alcántara, que había sido promotor de la devoción de la Inmaculada Concepción de la Virgen María bajo el título de Nuestra Señora de la Portería, había logrado que se donase una imagen para el culto y veneración de los niños de las nuevas escuelas, motivo que dio lugar a una solemne procesión acompañada de un nutrido número de niños y nobles de Madrid. En 1735, el párroco de San Justo hizo cesión definitiva a favor de la orden escolapia de la ermita del Pilar una vez obtenidas las licencias del municipio y arzobispado, memoriales que se presentaron a nombre del Padre provincial Juan Crisóstomo Plana de San

Jaime y del citado párroco, señalándose ya la utilidad y eficacia del instituto y los beneficios materiales y espirituales obtenidos por el vecindario de todo el barrio de Lavapiés.

Fue entonces cuando se erigió la primera iglesia dedicada a Ntra. Sra. de la Portería, la cual se bendijo entre grandes fiestas, con la intervención de notables predicadores, música y fuegos de artificio. Se documenta que asistieron a las fiestas la Duquesa de Alba, el Marqués de Santa Cruz de Valdeolmos y los marqueses de Murillo, los cuales dejaron al Colegio una renta anual de 600 ducados. El magisterio escolapio alcanzó gran prestigio. En él tuvieron comienzo los famosos «rosarios de niños» que fueron invención del Padre Miguel de San Andrés, al que se debió también la invención de los «cartapoles», carteles a modo de posters, con letras de grandes tamaños. También estableció el colegio escolapio la graduación de las escuelas, el método de lectura simultánea, de enseñanza mutua y en algunos casos individualizada. Al prestigio pedagógico contribuyó también los exámenes públicos de los alumnos y los certámenes de gramática y doctrina, celebrándose en 1764 los de latinidad, retórica y poética bajo la dirección del Padre Felipe Scío de San Miguel. También existe constancia impresa de las disputas de filosofía y teología entre los estudiantes, especialmente en el periodo comprendido entre 1763 y 1803.

Pero volviendo a la historia del edificio se documenta que en 1737 compraron los religiosos tres casas adyacentes a la primitiva institución por el precio de 29.480 reales y que sobre esta adición el Padre Tomas Plana de San José iniciaba la configuración de un nuevo y más confortable Colegio. Por falta de caudales, las nuevas obras sufrieron varias paralizaciones, situación en parte remediada por el Padre Ambrosio Lasala quien hacia 1740 tomó a censo 8.000 ducados y por el Padre Tomas Calle quien en 1761 finalizaba la obra del edificio colegial. Bajo la iniciativa y el impulso de éste se cerraron las oficinas, escuela, seminario y habitaciones de los religiosos, así como la que fue famosa Biblioteca, a la que dedicó en nuevas adquisiciones la cantidad de 15.000 reales en 1761. Era ya el tiempo en el que el Colegio contaba con 2.336 alumno, cifra que se mantenía según datos documentales en 1772. En 1795 funcionaba en el Colegio la primera Escuela de Sordomudos, la cual fue patrocinada por el Rey Carlos IV. El Padre José Fernández Navarrete se hizo cargo de su fundación y puesta en marcha siendo director de la escuela hasta 1800. Tal responsabilidad le fue solicitada después de su aprendizaje de tales experiencias en Italia. La escuela en 1800 fue cedida a la Sociedad Económica de Madrid.

A partir de 1761, consolidado la labor escolapia, el centro contó con la protección de los Reyes Carlos III y Carlos IV, y otros nobles como el

Conde de Benavente, el Conde de Campo-Alanje o la Condesa de Atares. Todos ellos, con sus donativos, han de contribuir a completar la grandeza del edificio, añadiéndole un nuevo templo, el que había de sustituir a la modesta ermita del Pilar o iglesia dedicada a Ntra. Sra. de la Portería. Quisieron entonces los escolapios cambiar el titular de la Iglesia por el de Ntra. Sra. del Pilar, consultándolo incluso al Rey Carlos IV. Accediendo a ello, el monarca mandó pintar a Ramón Bayeu un cuadro de la Virgen del Pilar incluyendo a sus pies a S. Carlos Borromeo, San Luis de Francia y San Fernando de Castilla, patronos de la familia real. Sin embargo el tema recayó en San Fernando como principal titular aunque el citado cuadro presidió el retablo mayor. El Colegio había quedado destacado y definido en una escala de gran monumentalidad. Le faltaba a tal escala la concordancia de un templo, el cual fue encargado en su traza al arquitecto D. Antonio Valcárcel, y según otras fuentes a Francisco Ruiz, un arquitecto de reconocida fama, especialmente por su intervención en el Palacio nuevo de Madrid⁵. La trayectoria de Antonio Valcárcel está menos definida en el plano arquitectónico. Es arquitecto de formación académica y su vinculación al Colegio de San Fernando parece más bien transitoria. El templo se iniciaba en el año 1663 y Valcárcel muere en 1764⁶. Sin embargo no se duda de su presencia en el proceso de la obra ya que desde los prolegómenos se indica en los documentos que tuvo un papel activo. El día 9 de enero de 1761 ante D. Antonio Moreno de Negrete, caballero de la Orden de Santiago, Regidor perpetuo de la Villa y Comisario del Cuartel llamado La Trinidad, compareció el arquitecto Don Juan Durán, Maestro de obras y Alarife de la Villa y a la vista del Memorial dado por el Rector y Comunidad del Colegio de Escuelas Pías del Barrio de Lavapiés, determinó el reconocimiento del sitio donde se ha de ejecutar la obra y fábrica que se expresa «quien lo acepto en toda forma... no hallándose impedimento alguno y se mando por su señoría tirar las cuerdas en la línea de fachada que haze de Colegio a la calle de Tribulete y sitio que sigue a el donde se ha de executar la nueva obra y reedificacion desde la puerta de sus carros hasta la esquina con que finaliza dicha fachada y hace a la nombrada calle y a la de Embaxadores de linea recta 162 pies y tres quartos... y desde la dicha esquina hasta la cera de casas de enfrente que la forman y dijeron pertenecer a D. Agustín de Aldecoa 46 pies y tres quartos y la enunciada del Tribulete desde la esquina de dicho sitio asta otra opuesta que forman casas que expresan ser propias de D. Joseph de la Helguera tiene de vano 21 pies y quarto. Y en esta forma se executo y finalizó el reconocimiento y Medida del expresado sitio y se provino a Don Antonio Valcárcel que estaba presente, arquitecto y maestro de obras en esta Villa que habia de executar la que va expresada...»⁷. En este re-

conocimiento del sitio por Juan Durán también se dejó constancia de que la obra «levantaba su fábrica una vara de la superficie de la tierra» y había cesado hasta proceder a un nuevo reconocimiento, que Durán llevo a cabo. La presencia de Valcárcel como constructor haciéndose cargo de una obra ya comenzada, nos conduce a considerar que hubo una traza que con toda probabilidad pueda atribuirse a Francisco Ruiz y que fue realizada antes de su muerte en 1744, en la época en la que el Colegio desarrollaba ya una gran actividad y una situación funcional estable.

Francisco Ruiz fue un arquitecto de prestigio y densa actividad en la primera mitad del siglo XVIII. Fue el discípulo preferido del arquitecto Felipe Sánchez, el autor de la primera traza del templo del Pilar de Zaragoza y autor también del Panteón de los Duques del Infantado⁸. F. Sánchez, a su muerte le donó todos los libros y herramientas de arquitectura, elogiando su talento. Nació en el pueblo de Barajas en 1681, caso con D.^a María Campoy, de cuya unión nacieron tres hijos⁹ y murió en Madrid el 22 de noviembre de 1744 después de una intensa actividad profesional y de una excepcional maestría de la que se beneficiaron artífices tan destacados como Juan Ruiz de Madrano el que fuera principal interventor de las obras del Palacio Real nuevo de Madrid¹⁰. Fue un excelente dibujante como se prueba por algunos de los dibujos conservados¹¹. Por indicación de los Señores del Real Consejo de Castilla tuvo a su cargo numerosas medidas y tasaciones de obras, como la vivienda de Miguel Chocarro¹², casas del Licenciado Juan de S. Cristóbal en Puerta Cerrada¹³ y otras mucha intervenciones de las mismas características¹⁴. Tasó igualmente edificios como el Cuartel de Guardias de Corps¹⁵ y tuvo intervenciones conjuntas con Pedro de Ribera a propósito de la ampliación de la Plazuela de Puerta Cerrada¹⁶. Se conocen ampliamente sus intervenciones en el Palacio Real a las ordenes de Sachetti y Francisco Pavía¹⁷ y sus proyectos originales para edificios religiosos y particulares como la planta para la Iglesia de San Luis Obispo y el diseño de la fachada para el mismo edificio¹⁸, la planta de la capilla para la imagen de Jesús Nazareno en la iglesia del Convento de los Trinitarios por encargo del Duque de Medinaceli¹⁹ en la que adopta una estructura elíptica muy original, y otras numerosas intervenciones, especialmente en su tarea municipal redactando informes o contribuyendo con una dura tarea de medidas y tasaciones que le mantuvieron presente y activo en el programa constructivo de la capital en la primera mitad del siglo. Su aportación como tracista que incluso resaltada por Teodoro Ardemans²⁰.

La atribución a Francisco Ruiz de la obra del templo del Colegio de San Fernando es muy aceptable. Se conoce el deseo de la Comunidad de los Escolapios de renovar el pequeño templo desde 1735 en que comienza la Orden a estabilizarse en su magisterio. La categoría de Ruiz

no puede dudarse ya que siendo contemporáneo del maestro Pedro de Ribera, como maestro local logró formar parte del equipo selectivo de la obra del Palacio Real, y que su actividad fuera también intensa en el campo municipal y particular.

El levantamiento del Colegio, que se fue solventado entre 1729 y 1760, tuvo como asesor, sin duda, a Francisco Ruiz, aunque sabemos también que la obra tuvo constantes entorpecimientos por falta de medios²¹. Posiblemente, la obra del templo de mayor monumentalidad que tanto deseara la Orden, se fue definiendo en años anteriores a 1761 cuando se procede al reconocimiento por Juan Durán del sitio y se determina con precisión que la obra «levantaba su fábrica una vara de la superficie de la tierra» y que se «ceso en ella asta que se buelva a ver y reconcer»²². Su experiencia en obras religiosas era muy reconocida según se demuestra también por su presencia en la traza del convento de las Trinitarias de Madrid de la calle de Cantarranas, uno de los edificios que por fortuna aún se conserva casi intacto y cuya planta ha servido para clarificar la dinámica conventual de los espacios clausurados del siglo XVIII²³.

Francisco Ruiz gozó de una posición económica muy holgada siendo poseedor de dos coches y varios inmuebles. Vivió en una casa colindante con la residencia del Marqués de Grimaldi en la calle de la Encomienda, aunque habitó también las que tuvo como principales en la Morería Baja. Por las noticias que se desprenden de su testamento y partición de bienes, Francisco Ruiz debió mantener una relación estrecha con los Infantado de quienes había sido arquitecto principal su maestro Felipe Sánchez²⁵. Sus pertenencias en relación a su profesión de arquitecto y los libros de arquitectura fueron cedidos en su testamento al que fue su discípulo y yerno, Juan Ruiz Medrano.

Esta breve semblanza del arquitecto nos conduce a reconocer que su prestigio y solidez profesional pudo hacerle merecedor del encargo del edificio del Colegio de los Escolapios en Lavapiés. Posiblemente, trazado el conjunto, incluido el templo, se fueron sucediendo las respectivas etapas de su proceso constructivo en el que fueron interviniendo diversos artífices. Valcárcel parece el responsable de la construcción entre 1761 y 1764 año de su muerte. Seguirá el Hermano Gabriel Escribano en el que recae la vigilancia de la fábrica en su largo proceso. También se documenta la presencia de Pablo Ramírez realizando la cerca que había de delimitar la posesión escolapia en su conjunto²⁶. También se conserva un proyecto anónimo con la traza de escalera de acceso y calle de la Hoz²⁷ y también la fachada colegial renovada en 1798 por el arquitecto Francisco Sánchez de trazado severo y rigurosa portada de orden dórico entre dos bandas almohadilladas²⁸. Y una nota mas documental fija también el domingo 13 de junio de 1763 como fecha en la

que el Pretor y Comunidad de las Escuelas Pías hacían presente «que tienen abierto parte de las zanjas para la construcción de la nueva Iglesia, bendición y colocación de la primera piedra»²⁹.

Como aparejador y constructor de la obra figura el Hermano Gabriel Escribano, al cual se le atribuye una mejora de la construcción. Se ha querido enaltecer en exceso a este artífice sin considerar que la idea y traza del edificio se debe a otro, un arquitecto de prestigio, formado en los medios académicos y cuya obra cada día se fortalece y aumenta debido a la intensa actividad que desarrolló en Madrid como miembro de una acreditada familia de constructores.

El lego escolapio hermano Gabriel Escribano de San José de Calasanz se tiene como «perito en arquitectura, hecho muy frecuente en el siglo XVII y XVIII ya que en la mayor parte de las órdenes religiosas aparece una o más figuras que como representantes de la institución religiosa se acercan al oficio de la construcción adquiriendo en cada empresa responsabilidad diversa.

El planteamiento del templo, proyectado con una nave cuadrilonga y un espacio central muy categórico coronado por una elevada cúpula sitúa al arquitecto-artífice dentro de un ejercicio proyectivo cuya confrontación está inspirada en obras del clasicismo de quien se siente continuador y discípulo. En el templo se desarrolla una planta virtualmente centralizada, maciza y de carácter completamente romano, de sólidos machones y potente cúpula, concebida con la corrección y comprensión de su vigorosa belleza. El tramo de la nave, cuadrado, sirve de núcleo de recepción visual de la cúpula, que parece gravitar sobre la totalidad de los muros rebasando el perímetro en el que descansa. El templo se rige por la composición central aunque exista una tendencia a combinar dos tipos de espacios, cuadrado y circular como un todo. Pero rige la mera impresión del tamaño de la cúpula redescubriéndose la solución clásica que con su fecundo modelo en favor de las plantas centralizadas/no abandono las posibilidades plásticas del muro, marcando el apogeo de un movimiento artístico que en su fondo pertenece o deriva del Renacimiento.

También el plano de la fachada del templo parece expresar una poderosa solidez. Nos lleva al hecho de que el clasicismo es una actitud estética hondamente apreciada en el último tercio del siglo XVIII español, verdaderamente evocado en la gravedad de sus formas romanas y como expresión directa albertiana no exenta de rigidez académica. Es un hecho significativo la amplia influencia ejercida por su estilo a partir de la fachada de Santa María Novella de Florencia que rehuye la aridez y también la erudición ostentosa. La fachada de San Fernando es maciza y constituye una realización académica de la más apurada perfección con su cuerpo central rectangular, y dos alas que se extienden ampliamente a ca-

da lado. Con su frontón de remate y la cúpula central como eje perspectivo, comunica la sensación de majestuosidad sin ostentación. El paisaje ciudadano y el edificio son interdependientes pues el plano se extiende como si fuera un cuadro que atrae la mirada del transeúnte. Es de gran escala y proporciona y aumenta su robustez por el fino almohadillado de los encuadramientos murales y el sólido apilastrado.

Tal vez el edificio adolezca de cierta frialdad como antítesis del cercano edificio de los teatinos construido también en el siglo XVIII bajo las ideas apasionadas del arte barroco, sin embargo, la personalidad de Fco. Ruiz o de Antonio Valcárcel condujo el tema del templo y del Colegio de las Escuelas Pías de San Fernando a un de gran elocuencia, en términos clásicos retomando el «cuadrado» y el «círculo como las dos fórmulas perfectas según los cánones clásicos, aunque en la manera de combinarlos supo imprimiles un nuevo sentido. Ofrecía la atracción de coordinar la planta centralizada con las exigencias del culto. El gran espacio abierto en la dirección vestíbulo-cabecera apoya la preeminencia longitudinal requerida por el oficio religioso. El gran soporte estructural de la cúpula sirve al efecto de un gran baldaquino sometiendo, el espacio visualmente a demandas de unidad y totalidad. La cúpula también contribuye de modo deliberado a la gran apariencia proyectiva de su exterior. Emerge con intensidad y se orienta como eje central del trazado general cúbico del edificio contribuyendo a la visión integrada del mismo. Físicamente, las formas de interior y el exterior tienen una dependencia, un paralelismo en la preferencia estilística. Se adivina desde el exterior que el plano interno se reconcilia sin contradicción con la osada dinámica del círculo y cuadrado interno.

F. Ruiz y Valcárcel crean en el templo un habitáculo para el fiel y descubren el contrapunto del refuerzo ascendente de la cúpula. Hay un delicado equilibrio entre el patrón cuadrangular y el acento ascensional en el que condensa la fuerza el espacio del interior, definido ante todo por la estructura de la rotonda.

En su interior existe una unidad espacial central que gobierna, y a la uniformidad del edificio habría también que agregar los componentes adicionales. Albergó una colección de esculturas de primera magnitud en madera policromada y tamaño natural realizadas por insignes escultores de las escuelas de Valencia y de Madrid. A la suntuosidad escultórica del templo contribuyeron aristócratas y altos burgueses³⁰. Citamos entre otras el San Ignacio de Alfonso Vergaz, costado por la marquesa de Astorga, San José de Calasanz del mismo autor donada por la Duquesa de Medinaceli, un San Juan Bautista de Pereira, Santa Bárbara de José Rodríguez, San José de Juan Adán, San Nicolás de Bai de José Piquer o la Virgen de las Angustias del citado Adán. El retablo

del presbiterio estuvo presidido por un cuadro de Bayeu con el tema de la Virgen del Pilar ante San Fernando, San Luis de Francia y San Carlos Borromeo. El calvario en el ático fue obra de Francisco Amich

Dos arcos triunfales separan la corta nave y el presbiterio de la rotunda central, en la que destaca el elevado tambor de la cúpula precedido de balaustrada y el friso en el que campean pareados triglifos amenulados que mantienen el recuerdo del ornamento barroco local antecedente. Hallamos unidad en el aspecto visual del interior aun concebido con elementos contrastantes. Los elementos fundamentales de la arquitectura, peso gravitatorio, materia y forma, aparentan sobriedad. Pero destacan también las cualidades plásticas inherentes al ornamento con el que se recubre el templo con una aportación pictórica y escultórica de gran magnitud, elaborado con un carácter dinámico y sensorial que se agrega a la experiencia estructural perceptiva como un hecho básico que proclama la tradición barroca persistente española. El edificio está creado desde esa invocación del clasicismo y el barroco clásico combinados. Fue el edificio más representativo del Cuartel de la Trinidad de Madrid y uno de los más suntuosos de la capital. La prominencia es subrayada también por su asentamiento sobre una estrecha calle, Mesón de Paredes, sobre la que hubo que realizar diversas intervenciones con objeto de corregir las irregularidades de sus aceras y demoler varias viviendas para acondicionar un espacio rectangular que a modo de plazuela propiciara una visión del edificio de mayor amplitud³¹.

NOTAS

¹ P. Luis MINGUEZ: *Descripción sencilla del nuevo templo de San Fernando de los Padres Escolapios de Madrid*. Sancha, Madrid, 1791. P. Francisco VESGA: *Noticias breves y curiosas de la iglesia del Colegio de San Fernando de Padres Escolapios de Madrid*. Madrid, 1919.

² J. FERRANDIS: *El templo de San Fernando y su olvidado tesoro artístico*. R.B.A.M.A. Año III, n.º 11, 1926, p. 366.

³ A. DEL ALAMO: *Historia del Colegio de San Fernando*. Madrid, s. a.

⁴ FERRANDIS: *ob. cit.*

⁵ V. TOVAR: *Tres proyectos del arquitecto madrileño del siglo XVIII*. Francisco Ruiz. Rev. del Archivo, Bibliotecas y Museos del Ayuntamiento de Madrid, 1977, n.º 1 y 2, p. 111.

⁶ FERRANDIS: *ob. cit.*

⁷ Archivo de la Villa de Madrid (A.V.M.). ASA 1-23-25.

⁸ V. TOVAR: *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*. Madrid, 1975, p. 362.

⁹ Archivo de Protocolos de Madrid (A.P.M.). P.º 14189, f. 197; A.P.M., P.º 15930, s. f.

¹⁰ A.P.M., P.º 15753, f. 159.

¹¹ V. TOVAR: *Tres proyectos...*, *ob. cit.* Entre los proyectos que se aportan destacan el que se destina a la Capilla de Jesús de Medinaceli por su disposición elipsoidal y la concatenación de sus espacios.

- ¹² V. TOVAR: *Arquitectos de la segunda mitad...*, *ob. cit.*, p. 317.
- ¹³ A.P.M., P.º 14176, f. 592.
- ¹⁴ A.P.M., P.º 16151, f. 754; 14181, f. 754; 16156, s. f.; 17885, f. 124; 14186, f. 844.
- ¹⁵ J. L. IBARRONDO: *El cuartel de Guardias de Corps*. Villa de Madrid, Año V, n.º 22 y 23, 1961, p. 51. V. TOVAR: *El cuartel del Conde Duque: proyectos de Pedro de Ribera*. Reales Sitios, n.º 57, 1978, p. 16.
- ¹⁶ V. TOVAR: *Una obra del arquitecto Pedro de Ribera. El convento e iglesia de San Hermenegildo de Madrid*. Anales del Instituto de Estudios Madrileños, t. IX, p. 12.
- ¹⁷ I. BOTINEAU: *L'art de cour dans l'Espagne de Philippe V, 1700-1746*. Bordeaux, 1968, p. 60. F. de la PLAZA: *Investigaciones sobre el Palacio Real Nuevo de Madrid*. Valladolid, 1975, p. 371.
- ¹⁸ V. TOVAR: *Arquitectos madrileños...*, *ob. cit.*, p. 334.
- ¹⁹ V. TOVAR: *Tres proyectos del arquitecto Francisco Ruis...*, *ob. cit.*
- ²⁰ A. RODRIGUEZ DE CEBALLOS: *Las Ordenanzas de Madrid de D. Teodoro Ardemas y sus ideas sobre la arquitectura*. Rev. de Ideas Estéticas, abril-mayo-junio, 1974, pp. 96 y 114.
- ²¹ FERRANDÍS *ob. cit.*
- ²² A.V.M., ASA 1-44-75.
- ²³ V. TOVAR: *El monasterio de las Religiosas Trinitarias descalzas de San Ildefonso de Madrid*. Archivo Español de Arte, n.º 251, 1990, p. 401.
- ²⁴ A.P.M., P.º 15753, f. 159.
- ²⁵ A.P.M., P.º 15744, f. 633.
- ²⁶ A.V.M., ASA 1-44-75. Información complementaria 1-45-127, 1-45-26, 1-51-55, 1-51-58 y 1-57-7. Falta en el archivo el legajo 1-45-26 que remite en catálogo a una información sobre la construcción de la iglesia nueva.
- ²⁷ A.V.M., ASA 1-51-55. Mide 96,5 × 63,5 m. Tinta y aguada gris.
- ²⁸ A.V.M., ASA 1-55-68. Mide 47 × 28,5 m. Tinta y aguada gris.
- ²⁹ A.V.M., ASA 1-45-10.
- ³⁰ *Descripción sencilla del nuevo templo de San Fernando*. Madrid, Sancha, 1791.
- Quiero agradecer a los Padres Escolapios la información que me ha sido proporcionada y las fotografías antiguas del interior y exterior del templo.



Fig. 1.—Interior del templo del Colegio de San Fernando de Madrid.



Fig. 2.—Fachada del templo y puerta de acceso al colegio.

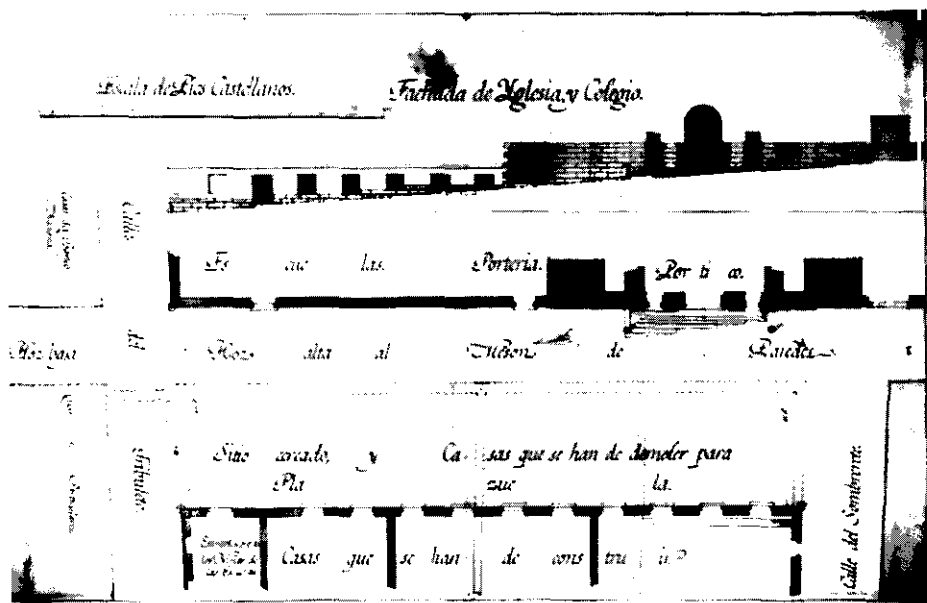


Fig. 3.—Escalera para entrar a la nueva iglesia del colegio de San Fernando y alineamiento de la calle de Mesón de Paredes (A.V.M.).

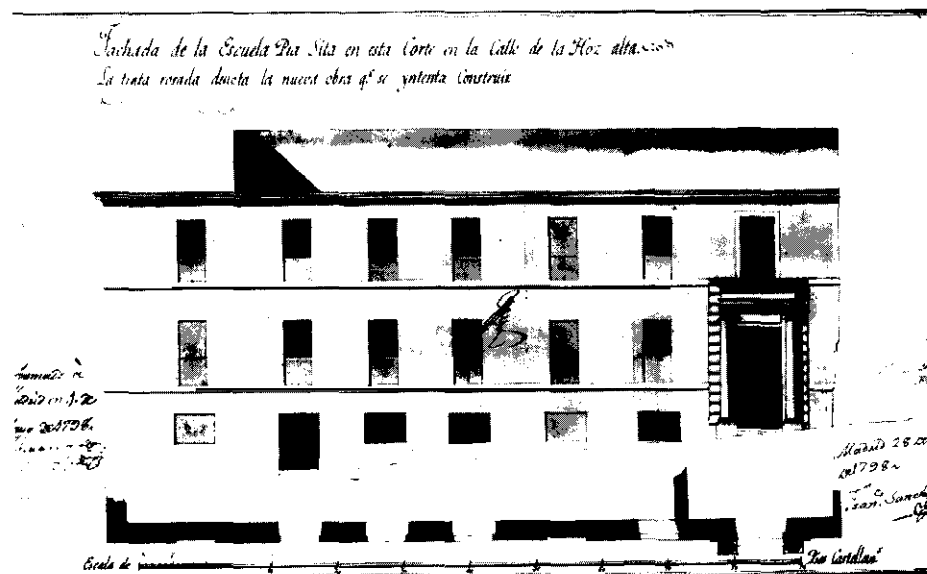


Fig. 4.—Francisco Sánchez: fachada del colegio a la calle de la Hoz Alta (A.V.M.).

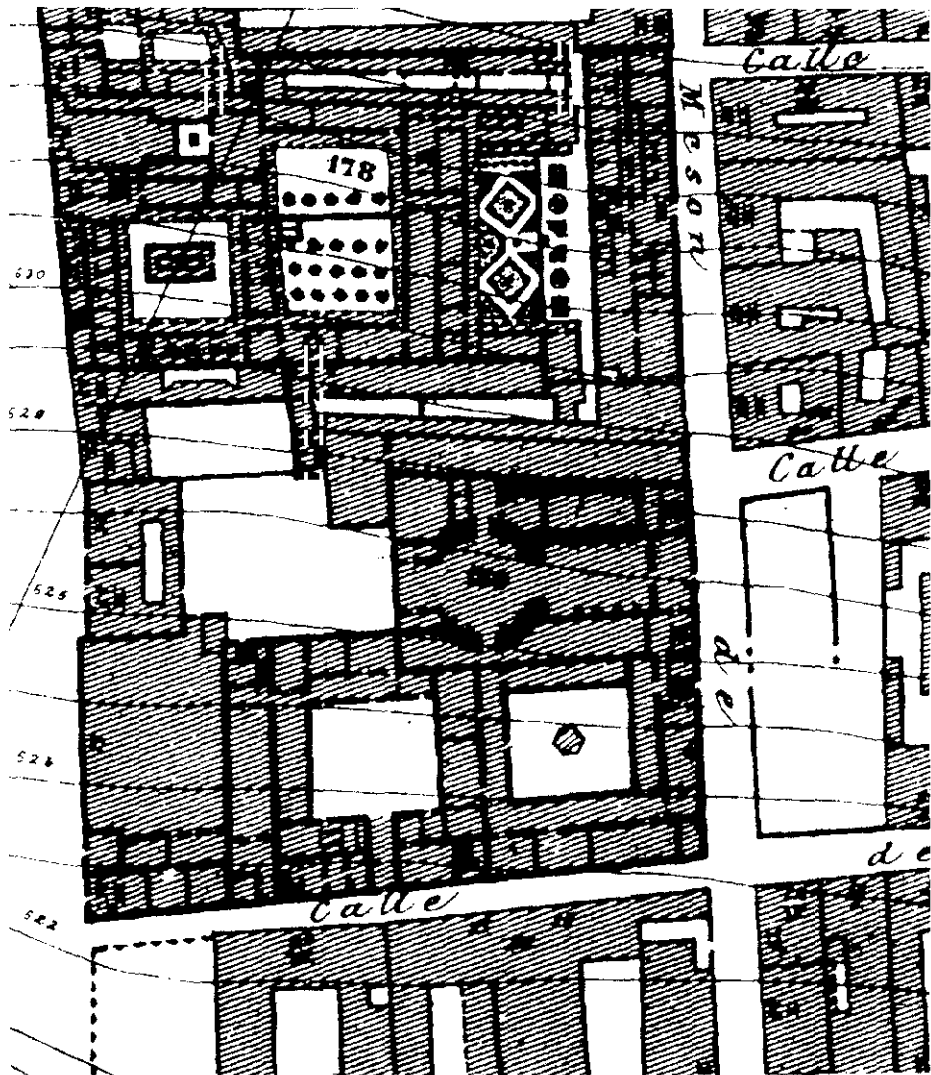


Fig. 5.—Planta del conjunto del colegio de las Escuelas Pías de San Fernando en la calle de Mesón de Paredes.